

JAVIER VÁSQUEZ

MATINÉE
en el cine Bolívar

Traducción al francés por
FLORENCE BAILLON



Javier Vásconez

Matinée en el cine Bolívar



UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga
Rector

Genoveva Malo Toral
Vicerrectora académica

Raffaella Ansaloni
**Vicerrectora de
investigaciones**

Toa Tripaldi Proaño
Directora de la Casa Editora

ALIANZA FRANCESA

Antoine Lissorgues
**Director de la Alianza Francesa de
Cuenca y Coordinador de la red de las
Alianzas Francesas de Ecuador**

Mateo Estrella
**Presidente de la Alianza Francesa de
Cuenca**

Lore Criado-Engel
**Directora Departamento
de Cultura**

Florence Baillon
Traducción al francés

Priscila Delgado Benavides
Diagramación y diseño

Imprenta Digital
Universidad del Azuay
Impresión

Matinée en el cine Bolívar

© Javier Vásquez, 2022

Primera Edición: Editorial La Caracola
Se otorgan los derechos de segunda edición para la Universidad del Azuay

ISBN 978-9942-847-53-9
e-ISBN 978-9942-847-54-6

Cuenca - Ecuador
2022

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio,
sin previa autorización de los propietarios de *copyright*

El tiempo recobrado de Vázquez

Emmanuelle Sinardet

Directora del Centro de Estudios Ecuatorianos, Universidad de Paris Nanterre

« Mort à jamais ? Qui peut le dire ! », Marcel Proust,
La Prisonnière (1923), La Pléiade, t. III, p. 693.

Javier Vázquez produce una obra original de notable densidad, en la que la vida del escritor y las trayectorias de los protagonistas se entrelazan de tal manera que parece imposible aprehender por separado al autor, la escritura y la narración. De ello da fe el cuento *Matinée en el cine Bolívar*, que recoge recuerdos de la infancia de un protagonista escritor Vázquez, relatados en tercera persona por un narrador que se presenta al lector como una instancia exterior, pero que parece compartir íntimamente las inquietudes y preguntas del protagonista Vázquez, como si hablara en realidad de sí mismo. Además, los elementos biográficos de este protagonista son los de Javier Vázquez, convirtiéndose el relato en una autoficción donde el protagonista escritor Vázquez se presenta como un alter ego del autor. El borrar deliberado de las fronteras entre autor-narrador-protagonista se arraiga en una realidad contemporánea, la de la pandemia de Covid-19 y la cuarentena de la población, que contribuye a crear esta atmósfera vasconiana tan particular, en la que el encierro –en el piso confinado de Santa Clara y en la ciudad cercada por volcanes– paradójicamente crea las condiciones para el movimiento, el de una búsqueda interior, de una *recherche* íntima, mientras que la difuminación de las fronteras –narrativas, temporales, identitarias– permite recobrar el pasado perdido.

Mediante un juego de sutiles intertextualidades, el lector reconoce entonces los temas y tópicos vasconianos, presentes desde el primer libro de cuentos, publicado en 1982, *Ciudad lejana*: la infancia perdida, la familia aristocrática decadente, las mansiones otrora espléndidas y ahora decrepitas, sus objetos refinados, sus secretos también, y sobre todo la ciudad, Quito, constantemente invocada a través de espacios emblemáticos, como el cine Bolívar que da su título al relato.

En el universo literario vasconiano, una muerte siempre anunciada parece estar flotando sobre Quito, donde la nostalgia se acompaña de una forma de desorientación de los protagonistas ante la ausencia y el duelo. Este universo se adecua al mundo en los tiempos de la pandemia de Covid-19: consigue expresar en términos novelescos el dolor de los vivos ante la muerte, condenados a ser espectadores pasivos e impotentes de la pérdida de seres queridos. El protagonista Vásconez-adulto es descrito varias veces frente a ataúdes, delante de su televisor o detrás de su ventana. En realidad, no es sino un avatar del protagonista Vásconez-niño, desesperado ante el ataúd de Matilde, el ama de llaves de sus abuelos y la figura benévola de su infancia, a la que llamaba afectuosamente Mamatina. La conmovedora escena del pequeño frente al ataúd que cierra el cuento habita en el adulto, hasta reactivarse violentamente con el drama de la pandemia.

Los temas de la memoria y del duelo se superponen en *Matinée en el cine Bolívar*. De hecho, si el protagonista Vásconez escribe en tiempos de Covid, es para intentar desafiar la “voz de la muerte” o al menos procurar domarla. Sin embargo, se enfrenta a una verdad escurridiza que siempre se le escapa y, por ende, a una incertidumbre insuperable. Aunque piensa haber reconstruido el perfil perdido de Matilde, el protagonista Vásconez sólo llega a recordar superficial y rápidamente la repentina y misteriosa muerte de la mujer durante una matiné de cine en el Teatro Bolívar. Acaba

admitiendo que nunca conseguirá definir con certeza quién fue ella realmente. Esta búsqueda frustrada recuerda otro cuento en el que la memoria lucha por desafiar la pérdida de un ser querido, *Angelote, amor mío*:

«A lo mejor mi memoria espejo reproduce mal los acontecimientos, tu rostro beatífico, ahora que estás muerto. Tal vez mi memoria imagen avanza como un río siempre en movimiento (...). Contar es una acrobacia que, seguramente, está fuera de mi alcance.»
(Javier Vásconez, *Angelote, amor mío*, Quito, Doble Rostro, 2011, p. 20)

Las preguntas formuladas quedan sin respuesta, creando un halo de misterio alimentado a su vez por la esquiva figura del hombre con el que Matilde se encontraba cada domingo, a la misma hora y en el mismo asiento, durante la matiné del cine Bolívar.

Según el narrador, esta silueta elusiva podría ser la del doctor Kronz, el médico checo que protagoniza varias obras de Javier Vásconez, incluida su magistral novela *El viajero de Praga* (1996). El doctor Kronz, siempre movedizo, siempre fugaz, es la figura por antonomasia de la escritura vasconiana, una escritura de la búsqueda, de la *recherche*, a cuya génesis asiste el lector en *Matinée en el cine Bolívar* bajo la pluma del protagonista-escritor Vásconez.

Aquí la búsqueda se acompaña de una inmersión en el pasado que adquiere una resonancia peculiar en el contexto de la ciudad golpeada por el Covid-19. Con su horizonte cerrado por volcanes hostiles y bañado por una lluvia que lo nubla, el Quito vasconiano se presta a esta *recherche* en tiempos de pandemia, cuando el espacio queda reducido y los decesos resultan tan repentinos como inexplicables. En este Quito singular donde el tiempo parece como suspendido, la memoria avanza como un río lento y sinuoso –tomando prestada la metáfora utilizada en *Angelote, amor mío*. Recurre a

múltiples desvíos, a tornos y retornos, y rebasa en constantes idas y venidas, con repeticiones que sólo cobran sentido a posteriori, añadiendo densidad al relato. El proceso de la memoria crea con ello un efecto de extrañeza que se hace eco de la atmósfera de la ciudad, su “aire helado” y “el perfil borroso del volcán”.

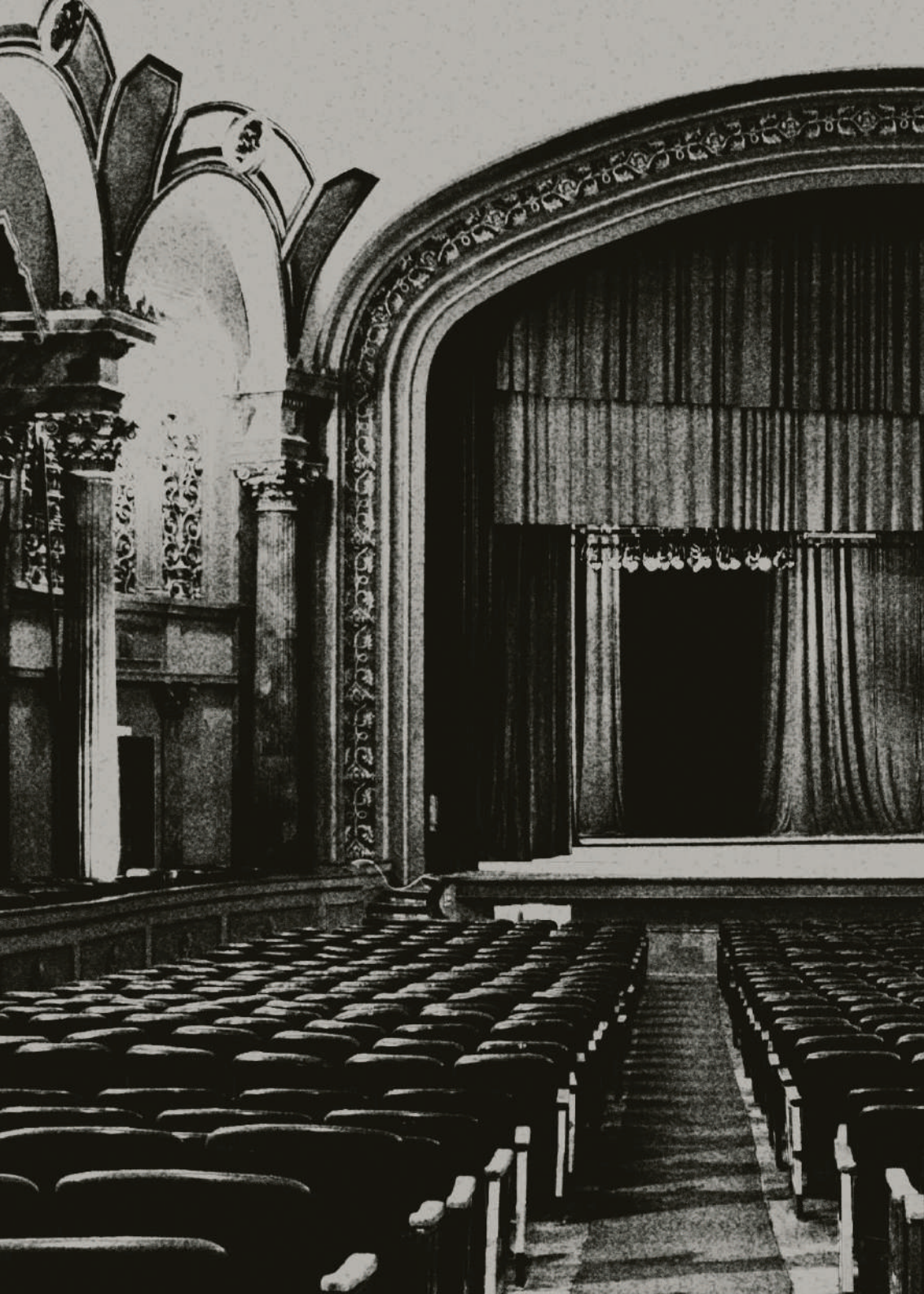
Las vacilaciones, los espacios en blanco, las lagunas, los olvidos de la memoria, así como la duda sobre la realidad de los recuerdos, a veces evocan el universo literario de Patrick Modiano: la sombra nunca se disipa del todo y, como la sorda “amenaza lluviosa del nuevo día” en Quito, siempre sigue rondando. Al mismo tiempo, basta un estímulo para que los recuerdos durmientes vuelvan a la superficie. Por más invisibles que sean, los recuerdos están presentes, de modo que basta un revelador –el trauma de la pérdida, la presencia de los ataúdes– para sumergir al protagonista en un pasado que así se recobra.

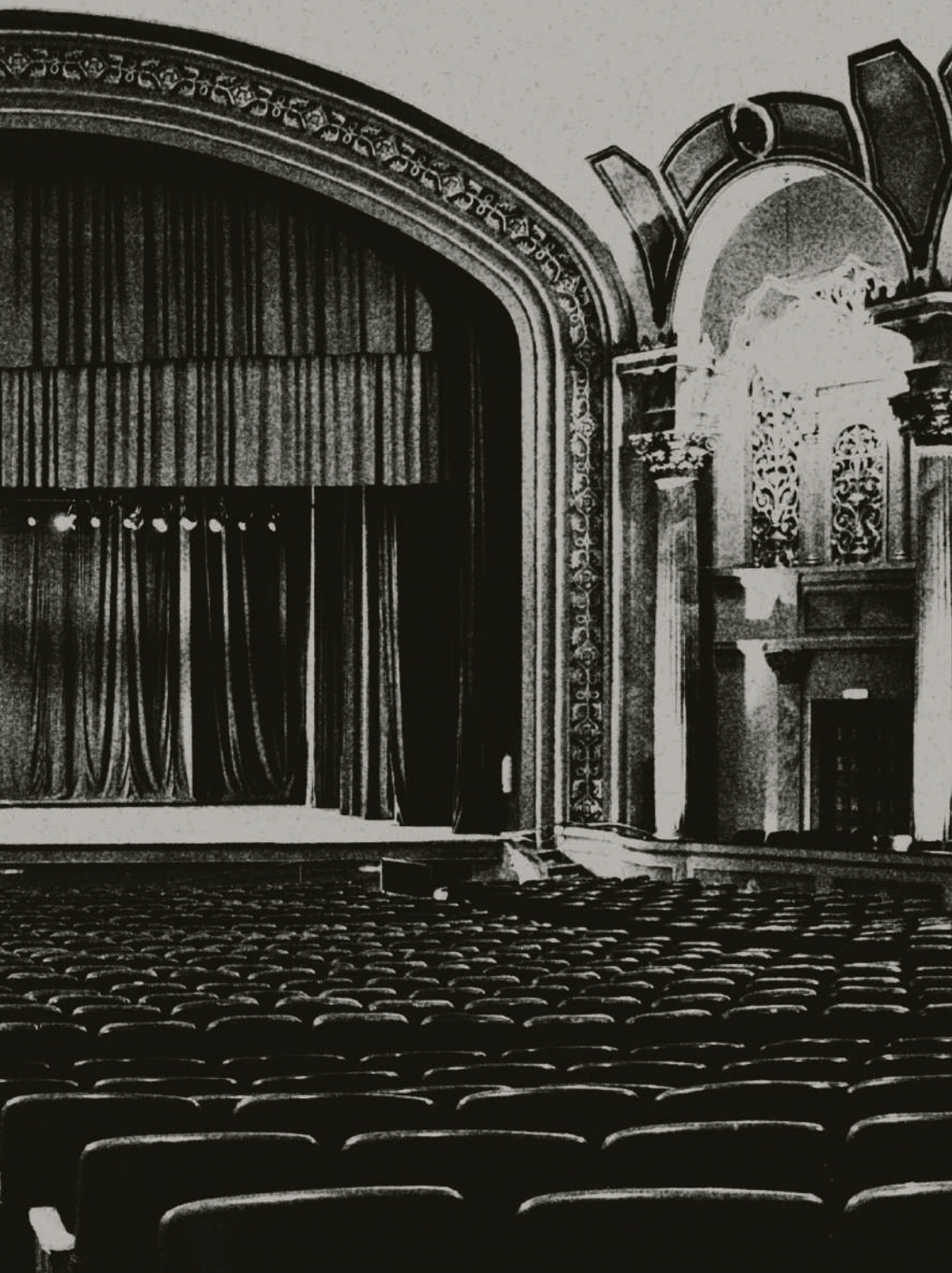
En definitiva, *Matinée en el cine Bolívar* puede leerse como un relato proustiano. No podemos dejar de ver a la abnegada ama de llaves de Proust, una figura materna entrañable que conocía las necesidades del escritor y se anticipaba a sus solicitudes, en el personaje central de Matilde que, a ojos del protagonista Vásconez-niño, con ternura “llenaba la casa con su promesa de bollos, mermelada de toronja, higos confitados y tostadas con mantequilla, cuyos aromas invadían el comedor donde colgaba un paisaje de Troya sobre un aparador repleto de copas”.

La narración se construye como una trayectoria de la memoria que, a lo largo de las cinco secuencias que componen el relato, toma diferentes caminos que acaban convergiendo al reunir elementos a priori inconexos e informaciones en un principio solamente sugeridas. La narración también se nutre de la interacción entre la memoria voluntaria y la memoria involuntaria. Si la situación de pandemia provoca el recuerdo espontáneo (“Ahora recordaba”), el protagonista Vásconez también recurre consciente-

mente a su memoria, apoyándose en las fotografías y postales que conforman su “museo personal”: “Lo fue reconstruyendo todo con nitidez”. Crea una red de relaciones y significados con el pasado que permite actualizarlo en el presente. El tiempo recobrado cierra la narración no sin cierta tristeza, pues el pasado recuperado es también el de la pérdida y del duelo.

Como en la obra proustiana, el narrador insiste en la imagen que conserva la memoria. Al mismo tiempo, observa los sentimientos que acompañan la imagen: estos sentimientos resultan tanto más intensos cuanto que la imagen, el perfil de Matilde, su ataúd, han permanecido circunscritos y aislados en el pasado. En la secuencia final, la coincidencia entre la sensación presente –encarar la pandemia y a la “voz de la muerte”– y el recuerdo de la misma sensación vivida mucho antes –encarar a Matilde en su ataúd– provoca la resurrección del mundo olvidado con todos sus detalles. El protagonista Vásconez-adulto puede entonces imaginar a Matilde muy presente a su lado, en su confinado departamento de Santa Clara. Incluso puede repetir el proceso y reproducir la presencia de la ausencia a pesar del tiempo y de la muerte: “Hasta ese momento no se había dado cuenta, pero siempre iba a haber una señora con quien habría de frecuentar cada domingo la matinée del cine Bolívar”. La escritura sensible de Javier Vásconez en los tiempos del Covid trasciende el pasado perdido en un tiempo recobrado.





A todos los amigos que aman el cine.
A Lucía, a Juan Fernando Andrade,
a Francisco Estrella, a Gustavo Salazar.
A Leonardo Hidalgo, a Sandra Araya. A mi vecino escritor.

1



Esa mañana de mayo, en su estudio de Santa Clara, Vásconez no debió encender el televisor. Algo había pasado en la ciudad. ¿Era el fin del mundo? Durante toda la semana, desde muy temprano, las imágenes volvieron una y otra vez. Todo llegaba a través de la voz acalorada de una reportera, que hablaba a la entrada de un cementerio. Al fondo se veía una hilera de ataúdes abandonados.

Con aire distraído cogió el álbum familiar de encima de la mesa. Era antiguo y tenía una cubierta de cuero repujado. Había tomado asiento para mirar con atención aquellas fotografías donde se recogía parcialmente la historia de la familia. Así volvió a invocar los lejanos días de su infancia, de cuando era niño y vivía paralizado por el miedo a los fantasmas en la casa de sus abuelos. Ahora se preguntaba por qué le había llamado tanto la atención aquella mujer, de ojos grises, apagados, con el rostro pálido y cuya fotografía había aparecido desprendida, sin pegar,

dentro del álbum. Más adelante recordaría el color marrón suave del papel, aparentemente impregnado de historia, como si fuera un retrato hecho para la posteridad. También le impresionó la voluntad del fotógrafo para captar la serenidad de sus ojos. ¿De dónde venía esa mujer? ¿Qué buscaba? Según contaba su primo Federico, muchos años atrás, el abuelo Rafael se había acercado una mañana a la oficina de correos de la estación de trenes con el propósito de retirar un paquete enviado desde Burdeos. Vásconez dedujo que la mujer pensaba viajar a Guayaquil. No tenía otra opción. Iba vestida con un abrigo negro de cuello alto y llevaba una enorme maleta de cuero. Se llamaba Matilde, pero a la vuelta de los años sería para todos Mamatina.

Mientras se paseaba por el estudio, Vásconez recordaba cómo los abuelos tomaban el té a las cinco. Era la hora en que la señora Matilde llenaba la casa con su promesa de bollos, mermelada de toronja, higos confitados y tostadas con mantequilla, cuyos aromas invadían el comedor donde colgaba un paisaje de Troya sobre un aparador repleto de copas. Entre tanto, pensaba que una vida tan anodina y gris como la de la señora Matilde le había dejado huellas profundas, sobre todo porque salía con ella los domingos.

En esa época no había mucho que hacer en la ciudad. Los sábados por la tarde acudía a la casa un grupo de damas europeas que iban a jugar bridge con la abuela en el salón chino. Era un día muy ajetreado para la señora Matilde, ya que debía cumplir con los aderezos y el ritual del té. Las recordaba envueltas en la luz imprecisa de la tarde, bañadas por el brillo de una lámpara, igual que las cucharillas y los tenedores de plata, las tazas de porcelana con filo dorado y un mantel azul de hilo extendido con pulcritud sobre la mesa del comedor.

Tras haber examinado con atención a la señora Matilde en la foto, con el pelo enrulado y escaso de color castaño claro, aunque ya empezaba a ponerse gris en las sienes, Váscenez se preguntaba si la mujer apoyada en la baranda de un puente de Bruselas, donde la familia había residido durante seis meses, era la misma que con puntualidad y corrección atendía los sábados por la tarde a las jugadoras de bridge. Al retirar con cuidado la foto del álbum pasaron ciertos detalles por su mente, al tiempo que daba vueltas por el estudio. Luego se distrajo mirando una foto del abuelo Rafael, que tomaba café en una terraza junto al lago de Ginebra, con la abuela sentada a su lado ostentando un sombrero de plumas. Sin embargo, había algo más en la vida de la señora Matilde, pues no lograba explicarse el motivo por el cual el marido —un inaccesible y misterioso Coronel— la había abandonado. Ese era un asunto sobre el que jamás se hablaba en casa de los abuelos.

Como si obedeciera al impulso de un recuerdo imaginado, Váscenez se animó a entrar a la estación de trenes. Había poca gente en el vestíbulo. Era como si todos estuvieran escapando. La sala tenía un aire abandonado. Así que el pacto entre el abuelo y la señora Matilde fue decisivo para ella, y se hizo entre el humo y el chirrido de los trenes. Durante la interpelación el abuelo descubrió además que ella hablaba bien francés.

Al cabo de un momento encendió de nuevo el televisor. Se sentó un rato en la cama, apretándose los brazos con las manos. Aún sin sacar conclusiones vio las imágenes difundidas por el noticiero donde una joven reportera proclamaba con voz alborotada y agitando el micrófono en la mano, la gravedad de la pandemia. A Váscenez ya no le quedaba valor para seguir mirando la pantalla, le latía con fuerza el corazón. Porque a unas cuadras

de su casa la gente se estaba muriendo. En realidad no era una periodista la que hablaba, sino la voz de la muerte. Delante de una casa inacabada, de color amarillo, una mujer hablaba de castigo divino, mientras un grupo de hombres quemaban ropa, cartones y cobijas sobre la acera de una avenida. En el vecindario ningún árbol tenía hojas, todos estaban pelados. Vio con indignación los ataúdes abandonados y los cuerpos envueltos en sábanas. Luego preparó café bien cargado y se comió un puñado de almendras. Tampoco se le permitía bajar al parque, aunque él no habría soportado ver a las palomas respirando con dificultad delante del atrio de la iglesia.

Había tratado de evaluar el color del cielo. Todo era negro. ¿Era martes o miércoles? Sin desvestirse, esa noche durmió mal. Al despertar tomó una ducha. En todas partes ocurría lo mismo. Daba igual si estaba en Quito, Buenos Aires, Guayaquil o Calcuta. Por todo lado circulaban los mismos rostros enajenados. A continuación vio hospitales colapsados y médicos con mascarilla. En un gigantesco edificio a las afueras de Milán, asomadas a los balcones, un grupo de mujeres hacían señas con la mano, como si se despidieran desde un trasatlántico para siempre.

Tras sesenta días de cuarentena, sin salir a la calle, lo único que le quedaba era contemplar la ciudad desde la inmensidad del cielo. Abrió todas las cortinas y vio oleadas de nubes grises y negras, salpicadas con un ligero tono celeste, avanzando con la misma lentitud de los ataúdes. Por la tarde seguro que iba a llover. Porque la lluvia nunca se detiene en esta ciudad, se dijo. Nada desentonaba. Todo formaba parte de las mismas tinieblas, de la misma apariencia, de la misma indescifrable oscuridad que inundaba la sala del cine Bolívar antes de cada función.

Ahora recordaba. Era a finales de los años cincuenta y sólo pretendía comprender el motivo por el cual la señora Matilde se hallaba en la estación. Podía imaginarla como la fugitiva de una película de guerra, aunque sabía que había sido abandonada por el marido. ¿O quizá fue ella quien lo dejó tras una violenta disputa? Desde el estudio, Vásconez trataba de reconstruir la escena con el abuelo, ella quitándose los guantes para saludarlo.

Mientras sostenía una taza de café, Vásconez contemplaba el parque apoyado en la baranda. En un banco dormía plácidamente un hombre cobijado por una manta con una botella en la mano. Se quedó mirándolo. Sintió en la cara el viento helado y abandonó el balcón. Regresó al escritorio. Dejó el café sin terminar encima de la mesa junto a una pila de libros. Se sentó frente a la biblioteca. Los libros se le imponían con una presencia silenciosa desde los anaqueles. A lo mejor era lo único que tenía para vivir, porque de algún modo los libros contenían todas las palabras del mundo. Una biblioteca es un salón de voces calladas.

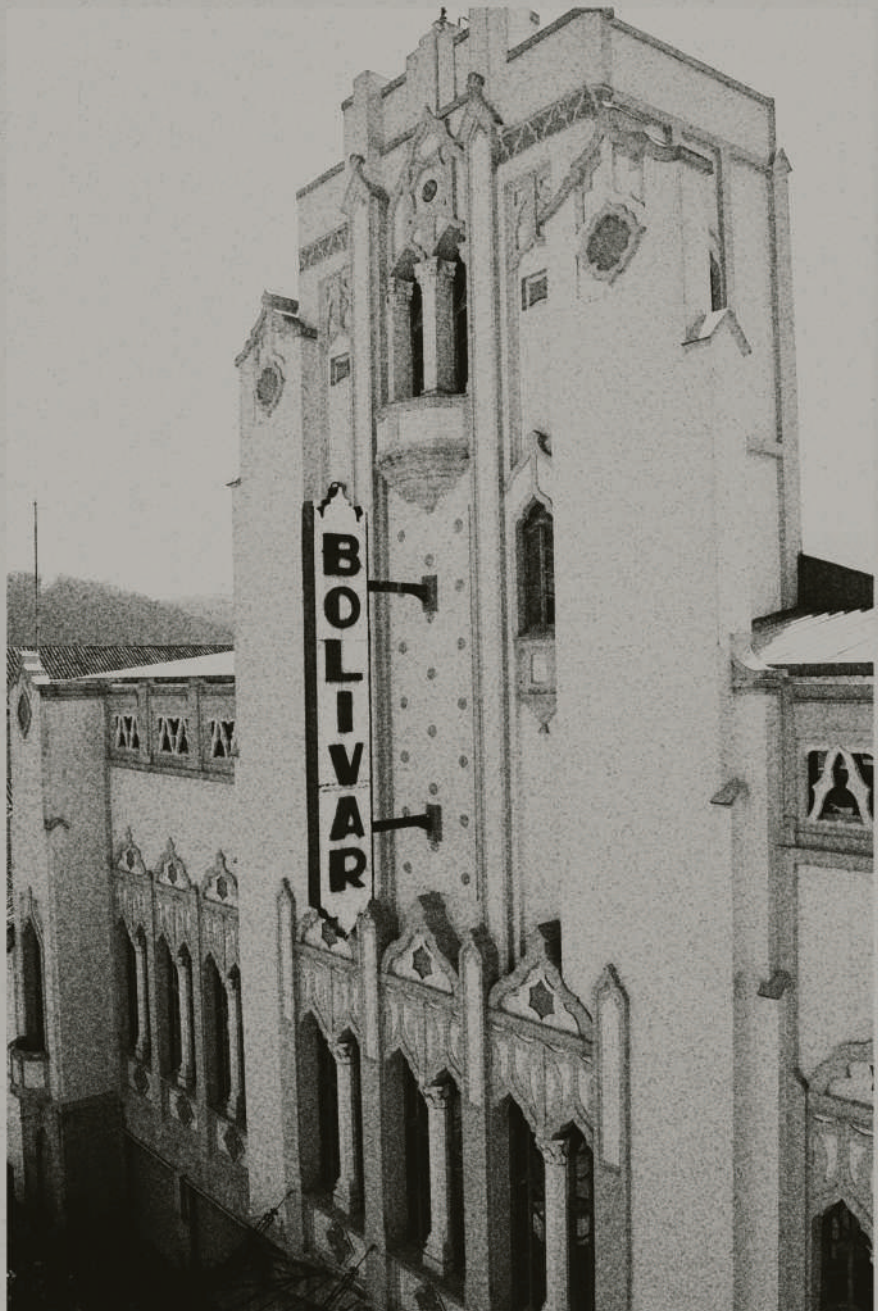
Detrás de la ventana le concedió una última mirada a la lluvia, que caía con estruendo sobre el parque. Esa tarde hubo una actividad inusitada en el barrio de La Comuna. Sus habitantes parecían haberse escapado del fondo oscuro del volcán, al que la ciudad siempre le había dado la espalda. Otros en cambio se dirigían a la carrera hasta una avenida. Habían sacado cajas y sillones desfondados, prendían fuego a las camas. Le bastó ver a unas mujeres corriendo con sus vestidos floreados y a un grupo de hombres quemando un ataúd con una cruz metálica sobre la tapa para sentirse alarmado. Cayó derrumbado en un sillón del estudio, y como esa noche no pudo dormir, poco a poco

se fue internando en ese museo personal que era el álbum de fotos. Había tal cantidad de imágenes congeladas, subrayando lo que pretendía ser la felicidad de una familia entre aquellas páginas de cartulina. Al revisarlas vio gestos ambiguos, sonrisas improvisadas, intuyó palabras y modales que no significaban nada hasta que al fin cayó en cuenta que el pasado pugnaba por entrar en sus ojos. Hubiera querido apartarse de ese mundo, abolir esos fantasmas adheridos como bacterias a sus recuerdos. Era la distancia existente entre el oleaje de la vida y el tiempo. Ahora todos estaban muertos y a todos los destruyó la enfermedad, o quizá fueron arrebatados por la codicia, la locura, el alcohol, la droga, la homosexualidad, es decir el tiempo.

Después se puso a limpiar con una servilleta de papel los estilógrafos, asegurándose de no lastimar las plumas. Por su mano pasó el cuerpo estilizado de un Sheaffer. Luego un modelo exclusivo de un Waterman, comprado en Nueva York. Por último un Pelikan de laca verde con el que había escrito casi todos sus libros, cuya pluma de oro se deslizaba por el papel como si adivinara lo que iba a escribir. Entre tanto, engullía con avidez una bolsa de papas fritas. Otras veces, hacia el amanecer, buscaba en el canal musical la canción de una cantante, como si quisiera renovarse con la voz ronca, hipnótica, de una melodía solitaria.

Pasó una semana y volvió a la televisión, donde oyó llorar a un joven muy flaco con la cara redonda de chino. Llevaba pantalón corto y gorra blanca de béisbol, al mismo tiempo que usaba una pala para empujar un ataúd. Vásquez se prometió que nunca volvería a encenderla. Aunque la pantalla parecía ser su único refugio. Cada tanto el joven de la gorra se pasaba un pañuelo por la cara como si el peso del ataúd lo hubiera clavado aún más en la calle, aunque estaba claro que en ningún

momento iba a regresar a su casa donde probablemente le esperaba un camastro con las sábanas sucias y arrugadas de la muerte. ¿Cómo no le iba a dar horror ver al joven golpeando con la pala el ataúd?



2



No fue difícil recuperar la época dorada del teatro Bolívar, inaugurado el 15 de abril de 1933 en la calle Espejo, entre Guayaquil y Flores. Su construcción fue iniciativa de los hermanos César y Carlos Mantilla. Para su edificación contrataron a la firma Hoffman & Henon de Filadelfia, bajo la dirección del arquitecto August Ridder. Como el teatro Marconi, antes Doria, de Buenos Aires, o el teatro Coliseum en Madrid y el Crillon de París, el teatro Bolívar aspiraba a ser una versión similar de los teatros de esa época. Era el mayor exponente de Art-Nouveau en la ciudad. Pero el domingo 8 de agosto de 1999, como resultado de una fuga de gas del local comercial de la planta baja, ocupado por la multinacional Pizza Hut, se produjo un incendio que consumió el setenta por ciento de las instalaciones del teatro.

También se preguntaba si él sería capaz de recordar la matinée en el teatro Bolívar. En esos años se había desarrollado

en el niño una cierta capacidad para explorar la vida de algunos malvados en el cine, en oposición a la existencia sin alicientes a la cual le tenían sometido los abuelos. En las películas todo era distinto. En un abrir y cerrar de ojos, sin hacer muchos esfuerzos, la señora Matilde había captado una temprana vocación del niño por la aventura, una fuerte inclinación por la nocturnidad. Porque apenas se apagaba la luz comenzaba a fantasear. Eran los tiempos en que casi todos los espectadores iban al cine con abrigo, algunas mujeres incluso llevaban guantes y sombrero. Si se le hubiera permitido observar a través de la mirilla de la sala de proyecciones, el niño habría discernido a oscuras no sólo los rostros de los espectadores, sino los anillos de las señoras entre las butacas.

Si bien llegó a saber muchas cosas acerca de la señora Matilde, a veces le daba la impresión de haberla conocido muy poco. También se dejaba guiar por las opiniones de su primo Federico, a quien llamaba de vez en cuando por teléfono, porque le habría gustado saber más sobre ella. ¿Dónde había vivido antes? ¿Quiénes eran sus padres? ¿Dónde estaba enterrada?, le había preguntado. Pero como el primo se encontraba estudiando en Salamanca le dijo que él no sabía nada de eso, de modo que dedujo que estaría sepultada en el cementerio de San Diego.

En un almuerzo, en los años ochenta, su hermano Diego le preguntó si el apellido de la señora Matilde era alemán. Su padre replicó que era de origen judío, Baum o quizá Blumenthal. Aunque nacida en Chile, había adoptado el apellido Jaramillo creyendo que de esa manera lograría integrarse por completo a la familia. Fue en esa época, estimulada sin duda por el abuelo, que siguió por correspondencia un curso de pastelería y cocina francesa, con apoyo de la Embajada de Francia, hasta que un

día recibió de París un paquete con el título de chef y además el grueso libro de Cordon Bleu. Libro que Váscenez todavía conserva en su biblioteca y que la abuela consultaba cada mañana para elegir el menú del día.



3



Antes de apagar la luz del dormitorio se detuvo a es-
crutar el cielo, que era como un reflejo de la ciudad, y entonces
percibió la sombra indecisa de la luna. Después de leer sin con-
vicción unas páginas de John Connolly, se vio a sí mismo junto
a la señora Matilde en el cine. Lo fue reconstruyendo todo con
nitidez. De pronto el rugido del león irrumpió con ferocidad en
la sala. Puso especial atención a lo que sucedía. Los recuerdos
tenían la dimensión de una pantalla poblada de siluetas y som-
bras, pero esa fantasía no podía durar eternamente. Fue gracias
a esa imagen borrosa que había logrado modelar el perfil de la
señora Matilde en la oscuridad de la sala.

Tal vez fueron películas como *El Manto Sagrado*, *Deme-
trio el Gladiador* y *Destinos cruzados*, con Ava Gardner y Stewart
Granger (films considerados hoy día cursis, efímeros, con esa in-
cesante evolución del gusto, modificándolo, y reemplazado con
increíble rapidez por el cine), las que iban a abrirle una modesta

perspectiva del mundo. Desde niño se aburría con los abuelos, incluso en el pasaje Royal donde a veces iba a tomar helados con ellos. A menudo el abuelo lo llamaba a su despacho para darle una golosina si lo encontraba por el pasillo interpretando el papel de cualquiera de los actores que había visto en las películas.

Del despacho venían no sólo los caramelos *Perugina* con los que el abuelo le llenaba los bolsillos, sino los negocios y acuerdos realizados con Japón y China. Por eso en la casa había tantos objetos orientales: kimonos, abanicos y sillas bordadas de seda.

Así comenzó a imitar al actor de traje de tweed y corbata rayada, cuando caminaba a solas con él por los salones. A través de los diálogos mantenidos con Gregory Peck o Richard Widmark, empezó a llevar otra existencia. El niño era demasiado independiente. Andaba por la casa con un sombrero apolillado del abuelo y unas antiguas gafas de sol recuperadas de un canasto de la ropería. Después de comer se acercaba al salón principal y, extendiendo una mano, disparaba con una pistola de plástico. Durante ese movimiento, soltaba una risa gutural, potente. Era la risa de un malvado. Totalmente ajeno a las actividades del abuelo, o las labores de la señora Matilde en la cocina, prefería estar solo con el propósito de subir por una escalera casi secreta hasta el altillo donde se apoyaba contra el borde de hierro a fin de contemplar las torres y campanarios de las iglesias, imaginando al mismo tiempo el deslumbrante rostro de Kim Novak.

Del recuerdo de esos días en la casa del centro su mente saltó al momento en que debía ponerse un abrigo para ir al cine Bolívar. A la entrada del vestíbulo, con baldosas de mármol, quedaba el local de Galerías Salinas, en cuyas vitrinas se exhibían vajillas y cristalería de Bohemia. Al frente estaba el

Wonder Bar donde supuestamente se comía el mejor ceviche de la ciudad. Desde la amplia puerta de vidrio y sin dejar atrás a la señora Matilde, pasaba por delante de la columna de madera donde se pegaban los anuncios de las películas por estrenarse. Vio venir al portero vestido con su uniforme de chaqueta corta para guiarlos con los boletos en la mano hasta los asientos.

Si durante la infancia vivió atormentado porque sus padres estaban de viaje y lo dejaban donde los abuelos, tuvo a cambio la recompensa de poder asistir a la matinée del cine Bolívar. Tampoco se trataba de cuestionar los motivos por los cuales Mamatina elegía siempre el mismo asiento. Aunque el niño se hallaba encandilado por la película fue tan astuto que estuvo a punto de identificar al hombre de la gabardina, sentado dos filas más adelante. A través de la claridad que irradiaba del proyector, vio cómo se acariciaba pensativamente la quijada, en tanto miraba de reojo a la señora Matilde. A su lado las manos nerviosas de Mamatina manipulaban la hebilla dorada de un guante de gamuza sobre su regazo. Con una indumentaria tan pulcra como elegante, el hombre no acudía todos los domingos a la sala. A veces al niño se le escapaban algunas cosas del argumento y entonces se concentraba en la actuación, como la tarde que apareció el rostro de Lauren Bacall parpadeando con destellos de amor en la pantalla.

Si escarbaba en el tiempo, habría sido imposible olvidar la tarde especialmente lluviosa en la que tuvo que correr protegido por el paraguas de Mamatina, hasta llegar a la casa esquivando los desagües desbordados. Después de cerrar el paraguas, ella se inclinó para hacerle una breve caricia en la mejilla y el niño sintió el olor de lana mojada de su abrigo. Luego dio media vuelta y se alejó bajo la lluvia, sujetando con las dos manos el paraguas.

El niño se demoró antes de subir por la escalera que arrancaba en un extremo del patio. A esa hora ya estaban tapadas con un paño las jaulas de los canarios. Luego ingresó al dormitorio de la abuela, con las cortinas de color morado que llegaban hasta el piso y el cuadro lúgubre de Mideros detrás de la mesita donde ella escribía sus cartas. El niño se asomó a la ventana, y desde allí alcanzó a divisar la silueta de la señora Matilde, en el momento en que se reunía con el hombre en una esquina. Luego se alejaron hacia los portales de la plaza, él tomándola a ella del brazo. ¿Qué estaba pasando?, se dijo.

Ahora sólo deseaba verificar el pasado del hombre. Era como si hubiera querido recordar cómo caminaba con su gabardina bajo la lluvia. ¿Acaso era el mismo doctor Kronz? Porque el personaje se ajustaba a determinados criterios establecidos. ¿No fue una tarde de otoño, hacía muchos años, cuando trazó el primer esbozo de Josef Kronz en un hotel de París? Luego había ido a tomar algo y por el camino lo imaginó sosteniendo un cigarrillo entre los dedos. ¿De dónde había venido?, se preguntaba. Quizá como punto de partida se acordó en el acto del río Moldava. Inventó una fecha de nacimiento y el lugar al que se dirigía. Desde entonces se permitió otorgarle una existencia solitaria, casi errática, incluso se transformó en un personaje imprescindible de la ciudad.

4



En esos días no había nadie en quien se pudiera confiar. El enemigo no cedía ni se alejaba del horizonte. Era como un perro que aullaba en las laderas del volcán. Mientras tanto él seguía con el whisky, el té de coca y el café tomado hasta la saciedad. Comía pescado, ensaladas de quinua y lechuga, tortilla española, queso de cabra y manzanas. Comenzó a anotar en sus cuadernos algunos comentarios desordenados sobre la pandemia y los libros que iba leyendo. Del pequeño aparador donde descansaban los bonsáis había retirado un álbum de postales, con más fotos antiguas. Después de examinar con detenimiento el ocaso de la familia iba a comprobar que todos tenían algo de obsoleto, de desolador, tal vez el enigma estaba allí desde que nacieron. En un baúl sin cerradura encontró cartas atadas con cuerdas, papeles azulados, documentos y recortes de periódico. Tampoco le sorprendió la letra temblorosa, de trazos separados en una postal escrita por la abuela. “Recordada

señora Matilde: Estoy en Guayaquil y hace mucho calor. El hotel Humboldt es sin duda elegante, pero hay un río enorme y oscuro al que no conviene acercarse...”

Entre la lectura de uno y otro libro percibió cómo aumentaba el silencio a su alrededor, tanto en el parque como en la ciudad. Algunas imágenes de la televisión le devoraron por dentro, con la violencia de los cuadros de Goya. Lo que más le indignaba era la barbarie del espectáculo, que convertía el barrio de La Comuna en una película barata de terror. Si no hubiera tenido encendido el televisor, no habría escuchado aquellas voces enloquecidas ni habría visto a esa gente corriendo junto a los ataúdes, y tuvo la misma impresión de revivir aquel incidente padecido en casa de los abuelos, cuando supo que Mamatina había muerto.

¿Cómo sería cuando ella se quedaba sola en la casa? Aún más atrás en su memoria, Vásconez se la imaginó tomando té en la cocina o regando las violetas en la galería, como si estuviese preparándose para actuar en una modesta obra de teatro. Mientras ponía agua a los maceteros, hablaba con las violetas, pero nadie sabía lo que les decía. La vio lavarse cuidadosamente las manos con jabón de rosas y colocar un alfiler en el sombrero antes de salir a la calle. Y como todas las mañanas a la misma hora, acudía al despacho del abuelo, tocaba con sigilo la puerta y le entregaba el menú del día. En más de una ocasión la sorprendió leyendo novelas de Selma Lagerlof, Pearl S. Buck o algún libro de Gabriela Mistral, durante las últimas horas de la tarde.

Sin embargo, dudaba que la señora Matilde cultivara otras amistades que no fueran las mismas que las de toda la familia. ¿En algún momento había sido feliz? En todo caso, la felicidad no era algo que pudiera interesarla. Pero los domingos

esperaba al niño con puntualidad, sentada en la galería junto a las jaulas de los canarios, porque no iba a dejar de ir al cine. Más adelante supo de su respeto por la abuela. De su afecto por el primo Federico a quien regalaba una corbata por el día de su cumpleaños, cada 28 de abril. También advirtió cuánto le había afectado la muerte de tía Fanny, en un hotel de Suiza, aquejada de una incurable tuberculosis, porque conservaba una fotografía de ella sobre la puerta del ropero en el dormitorio.

En la misma habitación había una silla de mimbre, arrimada contra la pared donde se apilaban las camisas y pañuelos recién planchados del abuelo. Llamaba sin duda la atención el título de chef colgado como un objeto inservible sobre el respaldo de la silla. Se trataba de un pergamino, encabezado por un texto escrito en grandes letras góticas. Y también conocía su afición por el cine, ya que guardaba al lado de la cama algunos recortes de artistas y películas famosas en una caja de zapatos.

De pronto sintió una opresión en el pecho, al observar por la ventana los disparos cruzados del granizo cayendo sobre los cristales. No podía dormir. Imaginaba el aspecto rústico del portero, cuando se acercó donde la señora Matilde en el cine y la encontró muerta con la cabeza echada hacia atrás con unos cuantos objetos de la cartera tirados sobre el piso. ¿La encontraría con ojos abiertos, fijos en la película que había estado viendo? ¿Cuál sería? Tuvo la impresión de que podía ser una película con Natalie Wood o Cary Grant. A los pies de la señora Matilde descubriría la polvera francesa, el pintalabios y un sobre de color habano con la carta del hombre de la gabardina que sin duda la esperaba como todos los domingos. Fue veinte años después, cuando se había cambiado de casa, que Váscenez encontró un atado de cartas con los mismos sobres habanos entre las páginas

amarillentas del libro de Cordon Bleu. Estaban escritas con tinta azul y la letra era apretada, errática, como probablemente había sido la vida del hombre, pero entonces advirtió que había una incógnita porque no llevaban firma alguna.

Del cine la llevaron a la casa, lo que le hizo pensar que había sido el abuelo quien dispuso el traslado junto con los hombres de la funeraria. Como si el niño intuyese dónde se hallaba el cadáver, se encaminó al cuarto de plancha. Al verla tendida en la cama, desnuda debajo del abrigo azul marino, con los botones abiertos como un voluminoso pescado extendido sobre la mesa de la cocina, reprimió una emoción llorosa y un gesto de horror frente al empleado de la funeraria, quien se desplazaba con un pincel en la mano, apartándose a ratos para contemplar aquel rostro espolvoreado de blanco.

Pese a su condición de ama de casa y conservar el privilegio de ser de origen europeo, como decía la abuela Sara, la señora Matilde no poseía una habitación propia. Aislada por un biombo barato de hospital, confeccionado con una tela de lana de color gris, su cama descansaba en un rincón del cuarto de plancha, junto a una ventana de cristal esmerilado que daba a un patio interior donde un zapatero tenía su taller de trabajo.

5



Entre las sombras del salón, todos llevaban ropa negra. Afuera caía una lluvia de aguja en cada rincón de la ciudad. Leves toques golpearon los vidrios del salón chino. Un grupo se había formado junto a la abuela, vestida con un traje negro de seda y un broche de plata cerrado en el cuello. Con dificultad el niño se abrió paso hasta ella. Vio que en la mano sostenía un diminuto pañuelo bordado, mientras permanecía impávida junto a la tarima de roble donde habían colocado el ataúd rodeado de nardos y rosas blancas, del cual se desprendía un ligero aroma dulzón que él acabaría por asociar con la muerte. El niño se fijó en toda esa gente, en los zapatos de algunos hombres golpeando contra la alfombra. También vio rostros soñolientos, velas humeantes y candelabros de bronce dispuestos a lo largo de la pared. Del salón habían retirado las consolas lacadas de negro con un fondo de pájaros. Apenas a dos pasos de la puerta había un grupo de hombres acompañando al abuelo, la mayoría

muy envarados y silenciosos, que no dejaban de fumar. De vez en cuando se oía un gemido. Una voz femenina rompió el silencio del salón. Dijo algo muy cerca de él. “¿Es cierto que murió en el cine?”

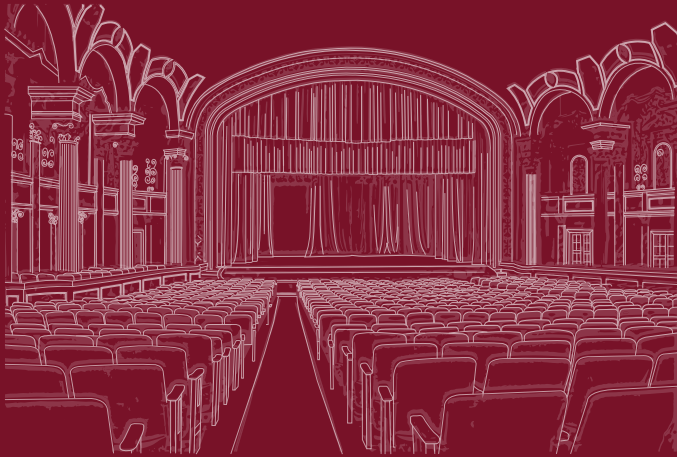
Aún se acordaba de aquella tarde devastada por el miedo. ¿Qué edad tenía? ¿Diez, doce años? Tal vez era muy tarde cuando se subió a una silla con un espejo de la abuela y, siguiendo las instrucciones de un libro de vampiros que había leído unos meses atrás, se inclinó hacia el ataúd y colocó el espejo sobre los labios pintados de Mamatina, con el propósito de verificar si estaba muerta. Después de unos segundos de espera, casi sin poder respirar, se lo guardó en el bolsillo del pantalón. Al bajar de la silla buscó los ojos de la abuela, pero no los encontró. Fue cuando su padre se le acercó y él le preguntó con ansiedad si Mamatina iba a regresar de la muerte. Le dijo que no molestara.

En las siguientes semanas no hubo cambios en la ciudad. Todavía no había amanecido, pero ya sentía en el aire glacial, en el perfil borroso del volcán la amenaza lluviosa del nuevo día. ¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo iba a seguir?, se dijo Vásconez, encerrado en su cuarto. No podía creer que eso era la muerte. Fue en ese momento que se sorprendió recordándola. No sabía muy bien qué era lo que quería recordar. La señora Matilde había muerto, pero su historia iba a regresar con más fuerza en los días de la pandemia.

Ella parecía haber entrado con paso reposado en el vestíbulo, hacía tanto tiempo que no tomaba asiento su figura solitaria en la sala. Él esbozó una sonrisa. Ahora se la imaginó sentada en un sofá viejo en una casa de dos pisos del barrio El Dorado. Había una ventana sin cortinas que tenía los vidrios sucios. Daba a un patio trasero donde vio una palmera agitada por el viento. Cerró los ojos. De pronto a Vásconez se le cruzó la

idea de que el hombre no iba a venir. No, no iba a venir a tiempo, se dijo. Era de noche cuando despertó, sin saber dónde estaba. Ella no volvió a hablar. Él esperó en silencio. Hasta ese momento no se había dado cuenta, pero siempre iba a haber una señora con quien habría de frecuentar cada domingo la matinée del cine Bolívar.

Quito, mayo 2020



Javier Vásconez
Traduit par Florence Baillon

Matinée au cinéma Bolívar

Le temps retrouvé de Váscenez

Emmanuelle Sinardet

Directrice du Centre d'études équatoriennes, Université de Paris Nanterre

« Mort à jamais ? Qui peut le dire ! », Marcel Proust,
La Prisonnière (1923), La Pléiade, t. III, p. 693.

Javier Váscenez produit une œuvre originale, d'une densité remarquable, où la vie de l'écrivain et les trajectoires des personnages s'entremêlent au point qu'il semble impossible d'appréhender séparément l'auteur, le travail d'écriture et le récit. *Matinée au cinéma Bolívar* l'illustre particulièrement. La nouvelle rassemble les souvenirs d'enfance d'un personnage-écrivain Váscenez, racontés à la troisième personne par un narrateur qui se présente au lecteur comme externe, mais qui semble pourtant partager intimement les préoccupations et les interrogations du personnage, comme s'il parlait de lui-même. En outre, les éléments biographiques de ce personnage rejoignent ceux de Javier Váscenez, faisant du récit une autofiction où le personnage-écrivain Váscenez se présente comme un alter ego de l'auteur. Le brouillage volontaire des frontières entre auteur-narrateur-personnage s'ancre dans une réalité contemporaine, celle de la pandémie de la Covid-19 et du confinement imposé. Elle contribue en réalité à cette atmosphère vasconézienne si particulière, où l'enfermement – le confinement dans l'appartement et dans la ville barrée de volcans – préside paradoxalement au mouvement, celui d'une quête intérieure, tandis que le brouillage des frontières – temporelles, identitaires, narratives – permet de retrouver, même partiellement, le passé perdu.

Dans un jeu d'intertextualités subtiles, le lecteur retrouve alors les thématiques et topiques vasconéziens, présents dès le premier recueil de nouvelles publié en 1982, *Ciudad lejana* : l'enfance perdue, la famille aristocratique décadente, les demeures autrefois splendides et désormais à l'abandon, leurs objets raffinés, leurs secrets aussi, et surtout la ville, en l'occurrence Quito, constamment invoquée à travers des espaces emblématiques, à l'instar du théâtre Bolívar qui donne son titre au récit.

Dans l'univers littéraire vasconézien, il plane sur Quito une mort toujours annoncée, où la nostalgie accompagne une forme de désorientation des personnages face à la perte. C'est dire si cet univers entre en correspondance avec les ravages de la pandémie de la Covid-19 : il parvient à dire en termes romanesques la douleur des vivants face à la mort, une douleur où les vivants sont réduits à n'être que des spectateurs impuissants. Le personnage Váscenez-adulte est d'ailleurs décrit à plusieurs reprises face aux cercueils, devant sa télévision ou derrière sa fenêtre. Il n'est en réalité qu'un avatar du personnage Váscenez-enfant, démuni face au cercueil de Matilde, la gouvernante de ses grands-parents, figure bienveillante de son enfance. La scène poignante de l'enfant face au cercueil clôt le récit et habite l'adulte ; elle est réactivée par le drame pandémique.

Les thèmes de la mémoire et du deuil se superposent dans *Matinée au cinéma Bolívar*.

Car si le personnage Váscenez écrit en temps de Covid, c'est pour tenter de défier la « voix de la mort » ou, du moins, pour s'efforcer de l'appivoiser. Or, il est confronté à une vérité qui toujours se dérobe, à une incertitude récurrente. S'il parvient à reconstituer le visage perdu de Matilde, le personnage Váscenez ne peut qu'évoquer rapidement le décès soudain et mystérieux de celle qu'il surnommait Mamatina, lors d'une matinée de cinéma au théâtre Bolívar, et il finit par admettre ne jamais arriver à définir qui elle aura été rée-

llement. Cette quête inaboutie rappelle une autre nouvelle où la mémoire, difficilement, défie la perte de l'être aimé, *Angelote, amor mío* :

« Peut-être ma mémoire miroir reproduit-elle mal les événements, ton visage béatifique, maintenant que tu es mort. Peut-être ma mémoire image avance-t-elle comme un fleuve toujours en mouvement (...). Raconter est une acrobatie qui, sans aucun doute, reste hors de ma portée. » (nous traduisons)

(Javier Vásconez, *Angelote, amor mío*, Quito, Doble Rostro, 2011, p. 20)

Les questions posées restent donc en suspens, créant un halo de mystère entretenu par la silhouette évasive de cet homme que Matilde rencontrait chaque dimanche, à la même heure et à la même place, lors de la matinée du cinéma Bolívar. À en croire le narrateur, l'homme mystérieux serait peut-être le docteur Kronz, le médecin tchèque qui peuple plusieurs œuvres de Javier Vásconez, notamment son magistral roman *El viajero de Praga* (1996). D'ailleurs, la figure même de Josef Kronz se caractérise par des contours flous, dont le lecteur découvre la genèse sous la plume du personnage-écrivain Vásconez dans *Matinée au cinéma Bolívar*. La narration, nous l'avons dit, est mise au service d'une quête ; le personnage du docteur Kronz, toujours en mouvement, toujours fuyant, en est la figure emblématique dans l'œuvre de Vásconez, et il n'est donc pas surprenant qu'il hante aussi *Matinée au cinéma Bolívar*. Toutefois, elle s'accompagne ici d'une plongée dans le passé qui prend une résonance particulière dans le contexte de la ville frappée par la Covid-19.

Le Quito vasconézien, à l'horizon barré par des volcans hostiles et baigné d'une pluie qui l'opacifie, se prête particulièrement à cette recherche en temps de pandémie, où l'espace est confiné et où les deuils s'avèrent aussi soudains qu'inexplicables. Dans ce Quito singulier et comme soustrait au temps, la mémoire

avance tel un fleuve sinueux pour reprendre une métaphore mobilisée dans *Angelote, amor mía* : elle procède par détours et retours, par des va et vient constants, par des répétitions le cas échéant, qui prennent sens postérieurement seulement, ajoutant à la densité textuelle. Le processus de la mémoire crée alors un effet d'étrangeté qui fait *écho* à l'atmosphère de la ville, à son « air glacial », à la « silhouette floue du volcan ».

Les hésitations, les blancs, les vides, les oublis de la mémoire, ou encore le doute autour de la réalité des souvenirs évoquent parfois l'univers littéraire de Patrick Modiano : l'ombre n'est jamais totalement dissipée, à l'instar de la sourde « menace pluvieuse du nouveau jour » qui toujours pèse sur Quito. Pourtant, en même temps, un simple détail peut permettre aux souvenirs de revenir à la surface de la mémoire. Si les souvenirs sont invisibles, ils n'en sont pas moins bien présents, car occultés seulement, si bien qu'un révélateur – le choc de la perte, la présence de cercueils – suffit à (re)plonger le personnage dans un passé ainsi retrouvé.

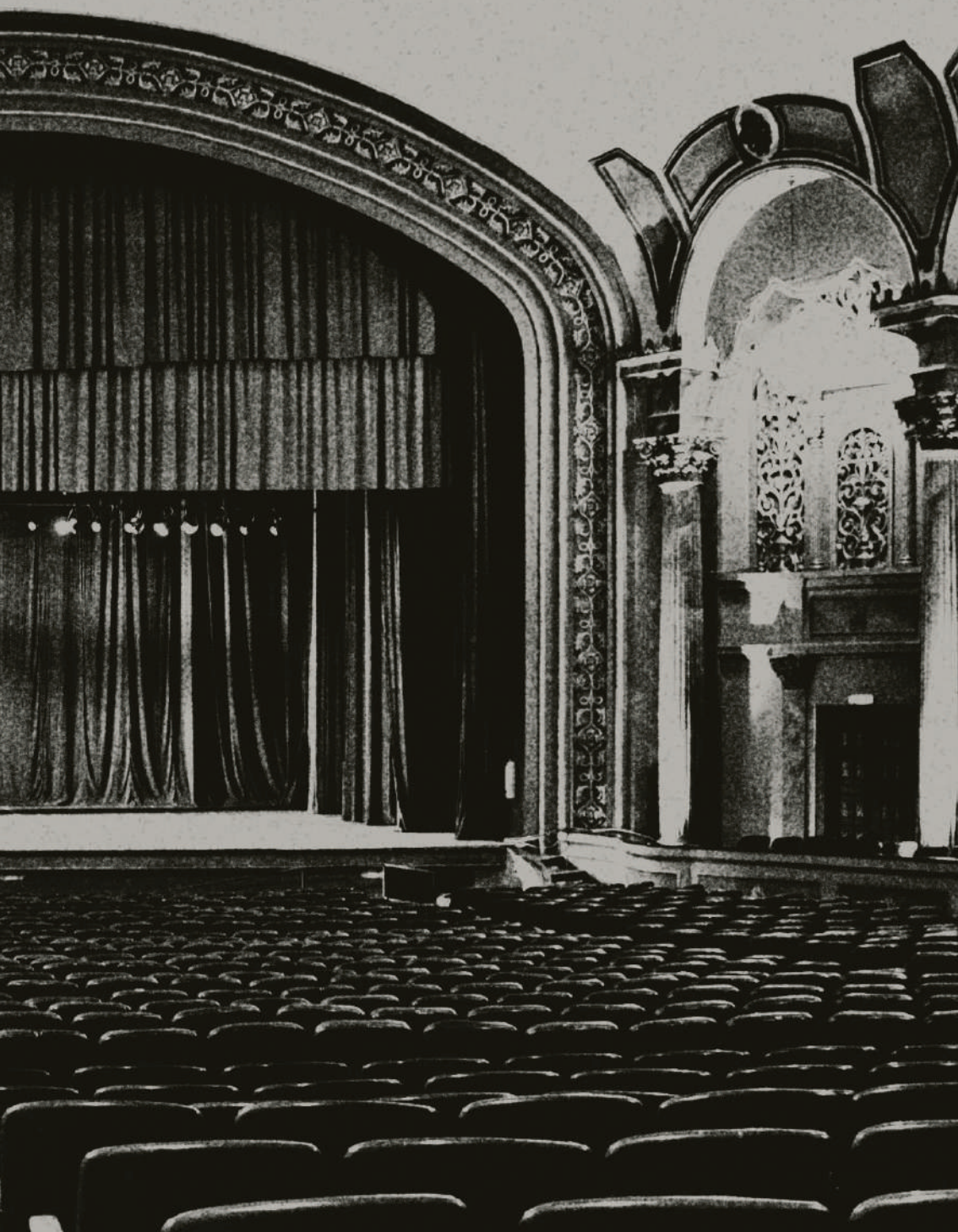
Toutefois, c'est certainement comme un récit proustien qu'il faut lire *Matinée en el cine Bolívar*. Évidemment, on ne peut pas ne pas voir la gouvernante dévouée de Proust, figure maternelle qui connaissait ses besoins et anticipait ses attentes, dans le personnage central de Matilde qui, aux yeux de l'enfant Vásconez, est celle qui « emplissait la maison avec sa promesse de petits pains, confiture de pamplemousse, figues confites et tartines de beurre, dont les arômes envahissaient la salle à manger où était accroché un paysage de Rafael Troya au-dessus du buffet rempli de coupes ».

Surtout, la narration se construit comme une trajectoire de la mémoire qui emprunte, tout au long des cinq séquences composant le récit, des chemins différents, selon des périple qui finissent par converger en faisant converger des éléments *a priori* disjoints et des informations d'abord simplement suggérées. Le récit se nourrit également du jeu entre mémoire volontaire et mémoire

involontaire. La situation pandémique provoque le souvenir spontané (« Maintenant il s'en souvenait »), puis le personnage Vásconez, sciemment, sollicite sa mémoire. Il s'appuie sur des photographies et des cartes postales, sur ce qui constitue son « musée personnel » : « Il reconstitua tout avec clarté ». Il crée un réseau de relations et de significations avec le passé, pour aboutir à un temps retrouvé sur lequel le récit se referme. Non sans tristesse, du reste, car ce temps retrouvé est aussi celui de la perte et du deuil.

À cet égard, comme chez Proust, le narrateur insiste sur l'image conservée par le souvenir. Il observe en même temps les sentiments qui accompagnent cette image, et ces sentiments sont d'autant plus intenses que l'image, le profil de Matilde, son cercueil, sont restés circonscrits et isolés loin dans le passé. Dans la séquence finale, la coïncidence entre la sensation présente – face à la pandémie et à la « voix de la mort » – et le souvenir de cette même sensation, éprouvée longtemps auparavant – face à Matilde dans son cercueil –, provoque la résurrection du monde oublié, dans tous ses détails. Le personnage Vásconez peut alors imaginer Matilde bien présente à ses côtés, dans son présent confiné de l'appartement quiténien de Santa Clara. Il peut même répéter le processus et rejouer la présence de l'absence, malgré le temps et malgré la mort : « Jusqu'à ce moment-là il ne s'en était pas rendu compte, mais il y aurait toujours une dame avec qui se rendre chaque dimanche à la matinée du cinéma Bolívar. » L'écriture sensible de Javier Vásconez en temps de Covid transcende le passé perdu en un temps retrouvé.





A tous les amis qui aiment le cinéma.
A Lucía, Juan Fernando Andrade,
Francisco Estrella et Gustavo Salazar.
A Leonardo Hidalgo et Sandra Araya. A mon voisin écrivain.

1



e matin de mai, dans son studio de Santa Clara, Váscenez n'aurait pas dû allumer la télévision. Il était arrivé quelque chose dans la ville. Était-ce la fin du monde ? Durant toute la semaine, dès les premières heures du matin, les images avaient défilé sans cesse. Tout cela parvenait à travers la voix excitée d'une journaliste, qui parlait à l'entrée d'un cimetière. Au fond, on apercevait une rangée de cercueils abandonnés.

Le vieil album familial à la couverture en cuir repoussé se trouvait sur la table. Il le prit d'un air distrait. Il s'assit pour regarder attentivement ces photographies qui illustraient partiellement l'histoire de la famille. Alors il recommença à évoquer les jours lointains de son enfance, quand il vivait chez ses grands-parents, paralysé par la peur des fantômes. Il se demandait maintenant pourquoi cette femme, aux yeux gris, éteints, au visage pâle et dont la photographie semblait décollée,

sans avoir été collée à l'intérieur de l'album, avait autant retenu son attention. Plus tard, il se souviendrait de la couleur marron délavée du papier, apparemment imprégné d'histoire comme s'il s'agissait d'un portrait fait pour la postérité. Il fut également impressionné par la volonté du photographe de capter la sérénité de ses yeux. D'où venait cette femme ? Que cherchait-elle ? Selon ce que racontait son cousin Federico, des années plus tard, le grand-père Rafael s'était rendu un matin au bureau de poste de la station de train dans le but de retirer un paquet envoyé de Bordeaux. Vásconez en déduisit que la femme pensait se rendre à Guayaquil. Elle n'avait pas d'autre choix. Elle était vêtue d'un manteau noir au col haut et portait une énorme valise en cuir. Elle s'appelait Matilde, mais au fil du temps elle deviendrait pour tous Mamatina.

Pendant qu'il se promenait dans le studio, Vásconez se rappela comment ses grands-parents prenaient le thé à cinq heures. C'était l'heure à laquelle madame Matilde remplissait la maison avec sa promesse de petits pains, confiture de pamplemousse, figues confites et tartines de beurre, dont les arômes envahissaient la salle à manger où était accroché un paysage de Rafael Troya au-dessus du buffet rempli de coupes. Dans le même temps, il pensait combien une vie aussi anodine et grise que celle de madame Matilde avait laissé des traces aussi profondes en lui, surtout parce qu'il sortait avec elle les dimanches.

À cette époque, il n'y avait pas grand-chose à faire dans la ville. Les samedis après-midi un groupe de dames européennes venaient à la maison pour jouer au bridge avec la grand-mère dans le salon chinois. C'était un jour très agité pour madame Matilde, puisqu'elle devait réaliser les préparations et

le rituel du thé. Il se souvient d'elles enveloppées dans la lumière imprécise de l'après-midi, baignées par l'éclat d'une lampe, tout comme les petites cuillères et les fourchettes en argent, les tasses de porcelaine au bord doré et la nappe de fil bleue tendue impeccablement sur la table de la salle à manger.

Après avoir examiné avec attention la photographie de madame Matilde, aux cheveux bouclés et clairsemés, châtain clair, même s'ils commençaient déjà à devenir grisonnant aux tempes, Váscenez se demanda si la femme appuyée contre la balustrade d'un pont de Bruxelles où la famille avait résidé durant six mois, était la même qui, avec ponctualité et correction, recevait les samedis après-midi les joueuses de bridge. En retirant délicatement la photographie de l'album certains détails lui traversèrent l'esprit pendant qu'il tournait en rond dans le studio. Puis il fut distrait par une photographie du grand-père Rafael, prenant un café sur une terrasse près du lac de Genève, la grand-mère assise à ses côtés exhibant un chapeau à plumes. Cependant, il y avait quelque chose de plus dans la vie de madame Matilde, puisqu'il ne parvenait pas à s'expliquer le motif pour lequel le mari -un inaccessible et mystérieux colonel- l'avait abandonnée. C'était un fait dont on ne parlait jamais chez ses grands-parents.

Comme s'il obéissait à l'impulsion d'un souvenir imaginé, Váscenez se décida à entrer dans la gare. Il y avait peu de monde dans le hall. C'était comme s'ils avaient tous fui. La salle avait un air abandonné. Ainsi donc le pacte entre le grand-père et madame Matilde fut décisif pour elle, et il eut lieu entre la fumée et le crissement des trains. Durant l'interpellation le grand-père découvrit de plus qu'elle parlait très bien français.

Au bout d'un moment il alluma à nouveau le téléviseur. Il s'assit un moment sur le lit, serrant ses bras avec ses mains. Toujours sans tirer de conclusion, il vit les images diffusées par le journal télévisé montrant une jeune journaliste qui signalait d'une voix agitée tout en secouant le micro, la gravité de la pandémie. Vásconez n'avait plus la force de continuer à regarder l'écran, son cœur battait fortement. Parce qu'au coin de sa rue, des gens étaient en train de mourir. En réalité, ce n'était pas une journaliste qui parlait, mais plutôt la voix de la mort. Devant une maison inachevée, de couleur jaune, une femme évoquait le châtiment divin, pendant qu'un groupe d'hommes brûlaient des vêtements, des cartons et des couvertures sur le trottoir d'une avenue. Dans le voisinage aucun arbre n'avait de feuilles et les troncs étaient pelés. Il vit indigné les cercueils abandonnés et les corps enveloppés dans des draps. Puis il se prépara un café bien corsé et avala une poignée d'amandes. On ne l'autorisait pas à se rendre au parc, mais de toute façon il n'aurait pas supporté de voir les pigeons, sur le parvis de l'église, respirer avec difficulté.

Il avait essayé d'évaluer la couleur du ciel. Tout était noir. Était-on mardi ou mercredi ? Il dormit mal cette nuit-là, même pas dévêtu. En se réveillant il prit une douche. Partout il se passait la même chose. Peu importe que l'on soit à Quito, Buenos Aires, Guayaquil ou Calcutta. Partout circulaient les mêmes visages en colère. Ensuite il vit les hôpitaux débordés et les médecins avec des masques. Aux balcons d'un gigantesque immeuble de la banlieue de Milan, on voyait un groupe de femmes faisant des signes de la main, comme si elles disaient adieu pour toujours depuis un transatlantique.

Après soixante jours de quarantaine, sans sortir, la seule chose qui lui restait était de contempler la ville depuis

l'immensité du ciel. Il ouvrit tous les rideaux et vit des vagues de nuages gris et noirs, éclaboussés d'un léger ton bleu clair, avançant avec la même lenteur que les cercueils. Il allait certainement pleuvoir l'après-midi. Parce que la pluie ne cessait jamais dans cette ville, se dit-il. Rien ne détonnait. Tout faisait partie des mêmes ténèbres, avec la même apparence, avec la même obscurité indéchiffrable qui inondait la salle du cinéma Bolívar avant chaque séance.

Maintenant il s'en souvenait. C'était à la fin des années cinquante et il souhaitait seulement comprendre le motif pour lequel madame Mathilde se trouvait dans la gare. Il pouvait imaginer qu'elle était une fugitive d'un film de guerre, même s'il savait qu'elle avait été abandonnée par son mari. Ou peut-être que c'était elle qui l'avait abandonné après une violente dispute ? Depuis le studio, Váscenez tentait de reconstituer la scène avec le grand-père, elle ôtant ses gants pour le saluer.

Une tasse de café à la main, Váscenez contemplait le parc, appuyé contre la balustrade. Sur un banc, un homme dormait placidement, protégé par une couverture, une bouteille à ses côtés. Il resta un moment à le regarder. Il sentit sur son visage le vent glacé et abandonna le balcon. Il revint à son bureau. Il laissa le café sans le terminer sur la table encombrée d'une pile de livres. Il s'assit face à la bibliothèque. Les livres s'imposaient à lui avec une présence silencieuse depuis les étagères. Peut-être que c'était la seule chose qu'il avait pour vivre, parce que d'une certaine façon, les livres contenaient tous les mots du monde. Une bibliothèque est un salon de voix que l'on a tués.

Derrière la fenêtre il concéda un dernier regard à la pluie qui tombait avec vacarme sur le parc. Cette après-midi il y eut une activité inhabituelle dans le quartier de La Commune.

Ses habitants semblaient s'être échappés du fond obscur du volcan auquel la ville avait toujours tourné le dos. D'autres au contraire se dirigeaient rapidement jusqu'à une avenue. Ils avaient sorti des caisses et des fauteuils défoncés, et mettaient le feu aux lits. Il lui suffit de voir des femmes courir en robe à fleurs et un groupe d'hommes brûlant un cercueil avec une croix métallique sur le couvercle pour s'alarmer. Il s'effondra dans un fauteuil du studio, et comme cette nuit-là il ne put dormir, il s'enferma peu à peu dans ce musée personnel que constituait l'album photo. Il y avait une telle quantité d'images congelées, qui prétendaient souligner le bonheur d'une famille entre les pages de carton. En les révisant il vit quelques gestes ambigus et des sourires improvisés, il déduisit des mots et des attitudes qui ne signifiaient rien jusqu'à ce qu'à la fin il se rendit compte que le passé poussait pour entrer dans ses yeux. Il aurait voulu s'éloigner de ce monde, abolir ces fantômes collés comme des bactéries à ses souvenirs. C'était la distance existante entre la houle de la vie et du temps. Maintenant ils étaient tous morts, tous détruits par la maladie, ou peut-être furent-ils attaqués par la cupidité, la folie, l'alcool, la drogue, l'homosexualité, autrement dit le temps.

Ensuite il se mit à nettoyer avec une serviette en papier les stylos, en s'assurant de ne pas abîmer les plumes. Dans sa main passa le corps stylisé d'un Sheaffer. Puis un modèle exclusif d'un Waterman, acheté à New York. Enfin un Pelikan en laque verte avec lequel il avait écrit presque tous ses livres et dont la plume en or glissait sur le papier comme si elle devinait ce qu'il allait écrire. Entre temps, il engloutit un sachet de chips avec avidité. D'autres fois, il cherchait jusqu'à l'aube sur la chaîne musicale la chanson d'une artiste, comme s'il souhaitait

se renouveler durant la nuit grâce à la voix rauque et hypnotique d'une mélodie solitaire.

Une semaine s'écoula et il revint vers la télévision où il entendit pleurer un jeune très maigre au visage rond de chinois. Vêtu d'un pantalon court et d'une casquette blanche de baseball, il utilisait une pelle pour pousser un cercueil. Vásconez se promit qu'il n'allumerait plus jamais. Même si l'écran semblait être son unique refuge. Sans cesse le jeune à la casquette se passait un mouchoir sur le visage comme si le poids du cercueil l'avait encore plus cloué dans la rue, même s'il était évident qu'à aucun moment il ne retournerait chez lui où l'attendait probablement un matelas aux draps sales et froissés par la mort. Comment n'allait-il pas ressentir l'horreur en voyant le jeune homme taper sur un cercueil avec une pelle ?



2



Ce ne fut pas difficile de se remémorer l'époque dorée du théâtre Bolívar, inauguré le 15 avril 1933 rue Espejo, entre les rues Guayaquil et Flores. Sa construction fut une initiative des frères César et Carlos Mantilla. Pour sa construction, ils embauchèrent la firme Hoffman & Henon de Philadelphie, sous la direction de l'architecte August Ridder. Comme le théâtre Marconi, auparavant Doria, de Buenos Aires, ou le théâtre Coliseum à Madrid et le Crillon de Paris, le théâtre Bolívar avait l'ambition d'être une version similaire aux théâtres de cette époque. C'était le meilleur exemple d'Art nouveau de la ville. Mais le dimanche 8 août 1999, à la suite d'une fuite de gaz dans le local commercial du rez-de-chaussée, occupé par la multinationale Pizza Hut, un incendie se produisit qui consuma soixante pour cent des installations du théâtre.

Il se demandait aussi s'il serait capable de se souvenir des matinées du théâtre Bolívar. Pendant ces années-là, l'enfant

avait développé une certaine capacité à explorer la vie de quelques méchants au cinéma, en opposition à l'existence sans attrait à laquelle le soumettaient ses grands-parents. Dans les films, tout était différent. En un clin d'œil, sans faire beaucoup d'efforts, madame Matilde avait détecté une vocation précoce chez l'enfant pour l'aventure, une forte inclinaison pour l'obscurité. Car à peine la lumière s'éteignait qu'il commençait à fantasmer. C'était un temps où presque tous les spectateurs allaient au cinéma en manteau, certaines femmes portaient même des gants et un chapeau. Si on lui avait permis de regarder à travers le hublot de la salle de projection, l'enfant aurait discerné dans l'obscurité non seulement les visages des spectateurs, mais aussi les bagues des dames parmi les fauteuils.

Même s'il parvint à savoir beaucoup de choses concernant madame Matilde, il avait parfois l'impression de l'avoir peu connue. Il se laissait aussi guider par les opinions de son cousin Federico, à qui il téléphonait de temps en temps, car il aurait aimé en savoir davantage sur elle. Où vivait-elle avant ? Qui étaient ses parents ? Où était-elle enterrée ? lui avait-il demandé. Mais comme son cousin était en train d'étudier à Salamanque, il lui répondit qu'il n'en avait aucune idée, de sorte qu'il en déduisit qu'elle devait être enterrée dans le cimetière de San Diego.

Durant un déjeuner, dans les années quatre-vingt, son frère Diego lui demanda si le nom de famille de madame Matilde était allemand. Son père répliqua qu'il était d'origine juive, Baum ou peut-être Blumenthal. Née au Chili, elle avait adopté le nom de Jaramillo croyant que de cette manière elle réussirait à s'intégrer complètement à la famille. Ce fut à cette époque, stimulée sans doute par le grand-père, qu'elle suivit par

correspondance un cours de pâtisserie et cuisine française avec le soutien de l'Ambassade de France, jusqu'au jour où elle reçut un paquet de Paris avec le diplôme de chef et en plus le gros livre du Cordon Bleu ; livre que Váscenez conserve encore dans sa bibliothèque et que la grand-mère consultait chaque matin pour choisir le menu du jour.



3



Avant d'éteindre la lumière de sa chambre, il s'arrêta pour scruter le ciel qui était comme un reflet de la ville, et c'est alors qu'il perçut l'ombre indécise de la lune. Après avoir lu sans conviction quelques pages de John Connolly, il se vit lui-même avec madame Matilde au cinéma. Il reconstitua tout avec clarté. Soudain le rugissement du lion surgit avec férocité dans la salle. Il fut particulièrement attentif à ce qui se passait. Les souvenirs avaient la dimension d'un écran peuplé de silhouettes et d'ombres, mais cette fantaisie ne pouvait durer éternellement. Ce fut grâce à cette fantaisie trouble qu'il était parvenu à modeler le profil de madame Matilde dans l'obscurité de la salle.

Peut-être que c'étaient des films tels que *La Tunique*, *Les Gladiateurs* et *La Croisée des destins* avec Ava Gardner et Stewart Granger (films considérés aujourd'hui comme kitsch, éphémères, avec cette incessante évolution du goût, que le cinéma modifie et remplace avec une incroyable rapidité) qui

allaient lui ouvrir une modeste perspective du monde. Depuis qu'il était enfant, il s'ennuyait avec ses grands-parents, même dans le passage Royal où il allait parfois prendre une glace avec eux. Souvent le grand-père l'appelait dans son bureau pour lui donner une friandise quand il le trouvait dans le couloir en train d'interpréter le rôle de l'un des acteurs vu dans un film.

Du bureau provenaient non seulement les bonbons *Perugina* avec lequel le grand-père lui remplissait les poches, mais aussi les affaires et les accords réalisés avec le Japon et la Chine. C'est pour cette raison qu'il y avait autant d'objets orientaux dans la maison : kimonos, éventails et chaises brodées de soie.

C'est comme cela qu'il commença à imiter l'acteur au costume de tweed et cravate rayée, quand il marchait seul avec lui dans les salons. À travers les dialogues qu'il poursuivait avec Gregory Peck ou Richard Widmark, il débuta une autre existence. L'enfant était trop indépendant. Il se promenait dans la maison avec un chapeau mité du grand-père et des vieilles lunettes de soleil récupérées dans un panier de la buanderie. Après le déjeuner, il s'approchait du salon principal et étendant la main, tirait avec un pistolet en plastique. Durant ce mouvement, il lâchait un rire guttural et puissant. C'était le rire du méchant. Totalement étranger aux activités du grand-père ou aux labours de madame Matilde dans la cuisine, il préférait être seul pour pouvoir monter par un escalier presque secret jusqu'au grenier où il s'appuyait contre le bord en fer afin de contempler les tours et les clochers de l'église, imaginant en même temps l'éblouissant visage de Kim Novak.

Du souvenir de ces jours-là dans la maison du centre historique, son esprit sauta au moment où il devait mettre un

manteau pour se rendre au cinéma Bolívar. À l'entrée du vestibule, avec ses carrelages de marbre, il y avait le local des Galeries Salinas, dont les vitrines exhibaient de la vaisselle et de la cristallerie de Bohème. En face se trouvait le Wonder Bar où l'on mangeait soi-disant le meilleur ceviche de la ville. Depuis la large porte de verre et sans laisser derrière lui madame Matilde, il passait devant la colonne en bois où l'on collait les annonces des prochains films. Il vit venir le portier avec sa veste courte d'uniforme et les billets à la main pour les guider jusqu'à leur siège.

Si durant l'enfance, il avait été tourmenté parce que ses parents partaient en voyage et le laissaient seul avec ses grands-parents, il eut en échange la récompense de pouvoir assister à la matinée du cinéma Bolívar. Il ne s'agissait pas non plus de remettre en question les motifs pour lesquels Mamatina choisissait toujours le même siège. Même si l'enfant se trouvait ensorcelé par le film, il était si malin qu'il fut sur le point d'identifier l'homme à la gabardine, assis deux rangées devant eux. Grâce à la clarté qui émanait du projecteur, il vit comment il se caressait pensivement le menton, tout en regardant madame Matilde du coin de l'œil. À côté de lui, les mains nerveuses de Mamatina tripotaient le bouton doré d'un gant de daim posé sur ses genoux. Toujours vêtu d'une tenue aussi impeccable qu'élégante, l'homme se rendait tous les dimanches à la salle. Parfois l'enfant perdait quelques détails de l'histoire et il se concentrait alors sur le jeu, comme l'après-midi pendant lequel le visage de Lauren Bacall apparut sur l'écran clignant des yeux remplis d'amour.

S'il fouillait dans le temps, il était impossible d'oublier l'après-midi particulièrement pluvieuse pendant laquelle il avait dû courir protégé par le parapluie de Mamatina, jusqu'à

la maison en esquivant les égouts débordés. Après avoir fermé le parapluie, elle s'inclina pour caresser brièvement la joue de l'enfant qui sentit l'odeur de laine mouillée de son manteau. Puis elle se retourna et s'éloigna sous la pluie, tenant le parapluie des deux mains. L'enfant tarda avant de monter par l'escalier qui démarrait à une extrémité de la cour. À cette heure, les cages des canaris étaient déjà recouvertes d'un tissu. Puis il pénétra dans la chambre de la grand-mère, dont les rideaux violets arrivaient jusqu'au plancher et où se trouvait le tableau lugubre de Mideros derrière la petite table sur laquelle elle rédigeait des lettres. L'enfant se pencha à la fenêtre, et de là réussit à apercevoir la silhouette de madame Matilde, au moment où elle retrouvait l'homme à un coin de rue. Puis ils s'éloignèrent vers les portails de la place, lui la prenant par le bras. Que se passait-il ? se demandait-il.

Maintenant il désirait seulement vérifier le passé de l'homme. C'était comme s'il avait voulu se souvenir comment cet homme vêtu d'une gabardine marchait sous la pluie. C'était peut-être le docteur Kronz ? Parce que le personnage correspondait à certains critères établis. N'est-ce pas une après-midi d'automne, il y a très longtemps, quand il traça la première ébauche de Josef Kronz dans un hôtel de Paris ? Ensuite il était allé boire quelque chose et sur le chemin il l'imagina tenant une cigarette entre les doigts. D'où venait-il ? se demandait-il. Peut-être, comme point de départ il se souvint sur le coup de la rivière Vltava. Il inventa une date de naissance et le lieu vers lequel il se dirigeait. Depuis lors il se permit de lui attribuer une existence solitaire, presque erratique, allant jusqu'à le transformer en un personnage incontournable de la ville.

4



À cette époque-là il n'y avait personne à qui il pouvait se confier. L'ennemi ne cédaient ni ne disparaissait de l'horizon. C'était comme un chien qui hurlait sur les pentes du volcan. Pendant ce temps-là il continuait à boire whisky, thé de coca et café jusqu'à satiété. Il mangeait du poisson, des salades de quinoa et de la laitue, de l'omelette espagnole, du fromage de chèvre et des pommes. Il commença à noter dans ses cahiers quelques commentaires désordonnés sur la pandémie et sur les livres qu'il lisait. Du petit buffet où reposaient les bonzaïs, il avait extirpé un album de cartes postales, avec davantage de vieilles photographies. Après avoir examiné avec attention le crépuscule de la famille, il allait vérifier qu'ils avaient tous quelque chose d'obsolète, de désolant et peut être que l'énigme était là depuis qu'ils étaient nés. Dans un coffre sans serrure il trouva des lettres attachées par des cordons, des papiers bleutés, des documents et des coupures de journaux. Il ne fut même pas surpris par

l'écriture tremblante, aux traits séparés sur une carte postale écrite par la grand-mère. "Très chère madame Matilde : je suis à Guayaquil et il fait très chaud. L'hôtel Humboldt est sans aucun doute élégant, mais il y un fleuve énorme et obscur dont il ne convient pas de s'approcher..."

Entre deux lectures de livres, il perçut comment le silence augmentait autour de lui, autant dans le parc que dans la ville. Certaines images de la télévision le dévoraient de l'intérieur, avec la violence des tableaux de Goya. Ce qui l'indignait le plus était la barbarie du spectacle, qui transformait le quartier de La Commune en un film d'horreur bon marché. S'il n'avait pas maintenu le téléviseur allumé, il n'aurait pas entendu ces voix affolées ni vu ces gens courir avec les cercueils, et il eut l'impression de revivre cet incident enduré chez les grands-parents, quand il sut que Mamatina était morte.

Comment c'était quand elle restait seule à la maison ? Encore plus loin dans sa mémoire, Vásconez l'imaginait prenant le thé dans la cuisine ou arrosant les violettes dans la galerie, comme si elle se préparait à jouer dans une modeste œuvre de théâtre. Alors qu'elle versait de l'eau dans les pots, elle parlait avec les violettes, mais personne ne savait ce qu'elle leur disait. Il la voyait se laver soigneusement les mains avec le savon de rose et accrocher une épingle à son chapeau avant de sortir. Et comme tous les matins à la même heure, elle se rendait dans le bureau du grand-père, touchait la porte furtivement et lui donnait le menu du jour. Plus d'une fois, il la surprit en train de lire des romans de Selma Lagerlof, de Pearl S. Buck ou des livres de Gabriela Mistral, durant les dernières heures de l'après-midi.

Cependant, il soupçonnait que madame Matilde ne cultivait pas d'autres amitiés qui ne soient pas les mêmes que

celles de toute la famille. Avait-elle été heureuse à un moment donné ? En tout cas, le bonheur n'était pas quelque chose qui pouvait l'intéresser. Mais les dimanches, elle attendait l'enfant ponctuellement, assise dans la galerie à côté des cages des canaris, car jamais elle ne cessait d'aller au cinéma. Plus tard il apprit son respect pour la grand-mère et son affection pour le cousin Federico à qui elle offrait une cravate le jour de son anniversaire chaque 28 avril. Il se rappela aussi à quel point elle avait été affectée par la mort de la tante Fanny, dans un hôtel en Suisse, atteinte d'une tuberculose incurable, car elle conversait une photographie d'elle sur la porte du placard de sa chambre.

Dans cette même chambre, appuyée contre le mur, il y avait une chaise en osier, où s'empilaient les chemises et les mouchoirs récemment repassés, du grand-père. Ce qui sans aucun doute attirait l'attention, c'était le diplôme de chef accroché comme un objet inutilisable sur le dossier de la chaise. Il s'agissait d'un parchemin avec un en-tête écrit en grandes lettres gothiques. Il connaissait aussi son goût pour le cinéma, vu qu'elle conservait à côté de son lit dans une boîte à chaussures quelques articles concernant des artistes et des films célèbres.

Soudain il se sentit oppressé, en observant par la fenêtre les tirs croisés de la grêle tombant sur les vitres. Il ne pouvait pas dormir. Il imaginait le portier à l'air frustré s'approchant de madame Matilde dans le cinéma et la trouvant morte la tête en arrière, plusieurs objets du sac à main tombés à terre. L'a-t-il trouvé les yeux ouverts, fixés sur le film qu'elle était en train de voir ? Duquel s'agissait-il ? Il avait l'impression que cela pouvait être un film avec Natalie Wood ou Cary Grant. Aux pieds de madame Matilde ils découvriraient le poudrier français, le rouge à lèvres et une enveloppe couleur havane avec la lettre de

l'homme de la gabardine qui sans doute l'attendait comme tous les dimanches. Ce fut vingt ans après, quand il eut déménagé, que Vásconez trouva une liasse de lettres avec les mêmes enveloppes havane entre les pages jaunies du livre du Cordon Bleu. Elles étaient écrites à l'encre bleue et l'écriture était serrée, irrégulière, comme l'avait été probablement la vie de l'homme, mais alors il se rendit compte qu'il y avait une inconnue : elles n'étaient pas signées.

Du cinéma ils la ramenèrent à la maison, ce qui lui fit penser que cela avait été le grand-père qui avait organisé le transfert avec le personnel des pompes funèbres. Comme s'il avait eu l'intuition du lieu où se trouvait le cadavre, l'enfant se dirigea vers la buanderie. En la voyant étendue sur le lit, nue sous le manteau bleu marine déboutonné tel un volumineux poisson étendu sur la table de la cuisine, il réprima un sanglot et un geste d'horreur devant l'employé des pompes funèbres qui se déplaçait un pinceau à la main, s'éloignant parfois pour contempler ce visage poudré de blanc.

Malgré sa condition de gouvernante et son privilège d'être d'origine européenne - comme disait la grand-mère Sara - madame Matilde ne possédait pas de chambre à elle. Isolé par un paravent bon marché d'hôpital, confectionné avec une couverture de laine grise, son lit reposait dans un coin de la chambre à repasser, à côté d'une fenêtre de verre dépoli qui donnait sur un patio intérieur où un cordonnier avait son atelier.

5



Parmi les ombres du salon, tous portaient des vêtements noirs. À l'extérieur, une pluie d'aiguilles tombait dans chaque coin de la ville. De légers coups tapaient contre les vitres du salon chinois. Un groupe s'était formé autour de la grand-mère, vêtue d'un habit noir en soie et portant une broche en argent fermée sur le cou. L'enfant se fraya difficilement un passage jusqu'à elle. Il vit qu'elle tenait un très petit mouchoir brodé, pendant qu'elle demeurait impassible près de l'estrade de chêne sur lequel on avait mis le cercueil entouré de nards et de roses blanches qui diffusaient un léger arôme douceâtre qu'il finirait par associer à la mort. L'enfant porta son attention sur toutes les personnes, sur les chaussures de certains hommes tapant contre le tapis. Il vit aussi des visages somnolents, des bougies fumantes et des bougeoirs de bronze disposés le long du mur. On avait retiré du salon les consoles laquées de noir aux motifs d'oiseaux. À deux pas à peine de la porte il y avait un groupe

d'hommes accompagnant le grand-père, pour la plupart très suffisants et silencieux, qui ne cessaient de fumer. De temps en temps on entendait un gémissement. Une voix féminine rompit le silence du salon. Elle dit quelque chose juste à côté de lui : “Est-il vrai qu'elle est morte au cinéma ?”

Il se souvient encore de cette après-midi dévastée par la peur. Quel âge avait-il ? Dix, douze ans ? Peut-être qu'il était très tard quand il monta sur une chaise tenant un miroir de la grand-mère et, suivant les instructions d'un livre de vampires qu'il avait lu quelques mois auparavant, il s'inclina vers le cercueil et mit le miroir sur les lèvres peintes de Mamatina, dans le but de vérifier qu'elle était morte. Après quelques secondes d'attente, presque sans pouvoir respirer, il le rangea dans la poche de son pantalon. En descendant de la chaise il chercha la grand-mère des yeux, mais ne la trouva pas. C'est à ce moment-là que son père s'approcha et il lui demanda avec anxiété si Mamatina allait revenir de la mort. Celui-ci lui répondit de ne pas l'embêter.

Pendant les semaines suivantes, il n'y eut pas de changement dans la ville. Le jour ne s'était pas encore levé, mais on sentait déjà dans l'air glacial, dans la silhouette floue du volcan, la menace pluvieuse du nouveau jour. Jusqu'à quand ? Jusqu'à quand ça allait continuer ? se demandait Váscenez, enfermé dans sa chambre. Il ne pouvait croire que la mort, c'était ça. Ce fut à ce moment-là qu'il se surpris à se souvenir d'elle. Il ne savait pas très bien ce dont il souhaitait se souvenir. Madame Matilde était morte, mais son histoire allait revenir avec plus de force durant les jours de la pandémie.

Elle paraissait être entrée d'un pas posé dans le vestibule, cela faisait si longtemps que sa figure solitaire ne prenait plus place dans la salle. Il ébaucha un sourire. Maintenant il l'imagina

assise sur le vieux sofa dans une maison de deux étages du quartier El Dorado. Il y avait une fenêtre sans rideaux et aux vitres sales. Elle donnait sur une cour arrière où l'on voyait un palmier agité par le vent. Il ferma les yeux. Soudainement Vásconez eut l'idée que l'homme n'allait pas venir. Non, il n'allait pas venir à temps, se dit-il. C'était la nuit quand il se réveilla, sans savoir où il était. Elle ne parla plus. Il attendait en silence. Jusqu'à ce moment-là il ne s'en était pas rendu compte, mais il y aurait toujours une dame avec qui se rendre chaque dimanche, à la matinée du cinéma Bolívar.

Quito, mai 2020

Javier Vasconez

Escritor y editor. Nació en Quito. Estudió literatura en la Universidad de Navarra y posteriormente en París. En 1982 inició su trayectoria narrativa con *Ciudad lejana*. En 1983 ganó la Primera Mención de la revista Plural de México con «Angelote, amor mío». Ha publicado *El hombre de la mirada oblicua* (1989); la novela *El viajero* de Praga (1996). En 1998, *Un extraño en el puerto* (antología de cuentos). *La sombra del apostador* (1999), finalista en el Premio Rómulo Gallegos; *Invitados de honor* (2004); la novela de espionaje *El retorno de las moscas* (2005), y la novela *Jardín Capelo* (2007). En 2009 apareció en España una selección de sus cuentos titulada, *Estación de lluvia*, y un año después se publicó una edición especial de *El viajero de Praga* con prólogo de Juan Villoro. Algunos de sus cuentos han sido traducidos al alemán, francés, inglés, hebreo, sueco, griego y búlgaro. En 2010 se publicó en España y Colombia la novela, *La piel del miedo* (finalista Zdel premio Rómulo Gallegos). En 2012 la editorial El Antropófago editó una edición bilingüe del español/ francés de *El secreto*. En este mismo año apareció la sexta edición de la novela, *La sombra del apostador*. En 2012 la editorial Everest, de Turquía, publicó en turco *Jardín Capelo*. En 2012 apareció en México y Ecuador *La otra muerte del doctor*. En octubre de 2012 el Centro de Arte Moderno de Madrid publicó una edición numerada, artística, y firmada por el autor del cuento, “Un extraño en el puerto” con grabados de Hernán Cueva, y una nota de Julio Ortega.

En 2013 Alfaguara de México publicó su novela, *La piel del miedo*. En noviembre del 2013 la editorial Arte y Literatura de Cuba publicó su novela, *La sombra del apostador*. En septiembre de 2014 la editorial Foc de Barcelona publicó en edición digital la nouvelle, *El secreto*. En noviembre 2014 se estrena el documental “Ciudad de tiza, ciudad de lluvia”, dirigido por Christian Oquendo y basado en el cuento “La carta inconclusa”. En 2016 la editorial Pre-Textos de España publicó su novela, *Hoteles del silencio*. Y la editorial Fondo de Cultura Económica, de México, publicó en 2016 cuatro novelas cortas bajo el título *Novelas a la sombra* (*Jardín Capelo*, *El retorno de las moscas*, *El secreto* y *La otra muerte del doctor*), la cual lleva prólogo de Christopher Domínguez. En 2017 la editorial Pre-Textos publicó en España *El viajero de Praga*.

En 2017 la editorial Deidayvuelta publicó una edición bilingüe con traducción al inglés e ilustraciones de Roger Icaza del cuento “Orfila.

En 2018 la editorial Pre-Textos de España publicó la sexta edición de la novela *El viajero de Praga*.

En 2018 la editorial de la Universidad San Francisco de Quito editó los *Cuentos reunidos* con prólogo del crítico y escritor mexicano, Pedro Ángel Palou.

En 2020 se edita en Pre-Textos la antología de cuentos, *Casi de noche* con prólogo de Juan Marqués.

En 2020 aparece en Pre-Textos, España, una edición ilustrada por Patricio Palomeque del cuento “Angelote, amor mío”.

En 2021 aparece en la editorial Pre-textos la novela *El coleccionista de sombras*.

Correo electrónico: javiervasconezb@gmail.com



Écrivain et éditeur né à Quito. Il a étudié la littérature à l'Université de Navarre et postérieurement à Paris. En 1982 sa trajectoire narrative a débuté avec *Ciudad lejana*. En 1983 il a gagné la Première Mention de la revue mexicaine *Plural* avec *Angelote, amor mío*. Il a publié *El hombre de la mirada oblicua* (1989); le roman *El viajero de Praga* (1996); en 1998, *Un extraño en el puerto* (anthologie de nouvelles); *La sombra del apostador* (1999), finaliste du Prix Rómulo Gallegos; *Invitados de honor* (2004); le roman d'espionage *El retorno de las moscas* (2005) et le roman *Jardín Capelo* (2007). En 2009 une sélection de ses nouvelles intitulée *Estación de lluvia* est apparue en Espagne, et un an après une édition spéciale de *El viajero de Praga* avec un prologue de Juan Villoro. Certaines de ses nouvelles ont été traduites en allemand, en français, en anglais, en hébreu, en suédois, en grec et en bulgare. En 2010 le roman *La piel del miedo* (finaliste du prix Rómulo Gallegos) a été publié

en Espagne et en Colombie. En 2012 la maison d'édition El Antropófago a édité une édition bilingue espagnol/français de *El secreto*. Cette même année est apparue la sixième édition du roman *La sombra del apostador*. En 2012, les éditions turques Everest ont publié *Jardín Capelo* en turc, alors qu'au Mexique et en Equateur était publié *La otra muerte del doctor*. La même année, le Centre d'Art Moderne de Madrid a publié une édition numérotée, artistique et signée par l'auteur de la nouvelle, *Un extraño en el puerto* avec des gravures d'Hernán Cueva et une note de Julio Ortega.

En 2013 Alfaguara Mexique a publié son roman *La piel del miedo* et la maison d'édition Arte y Literatura de Cuba *La sombra del apostador*. En 2014 les éditions Foc de Barcelona ont publié en édition digitale la nouvelle, *El secreto*. Cette même année, le documentaire "Ciudad de tiza, ciudad de lluvia" basé sur la nouvelle *La carta inconclusa* et dirigé par Christian Oquendo a été lancé. En 2016 Pre-Textos d'Espagne a publié son roman *Hoteles del silencio* et le Fondo de Cultura Económica du Mexique a publié quatre romans courts sous le titre *Novelas a la sombra* (*Jardín Capelo*, *El retorno de las moscas*, *El secreto* y *La otra muerte del doctor*), avec un prologue de Christopher Domínguez. En 2017 la editorial Pre-Textos a publié en Espagne *El viajero de Praga* et les éditions Deidayvuelta une édition bilingue espagnol/anglais avec des illustrations de Roger Icaza de la nouvelle *Orfla*.

En 2018, Pre-Textos d'Espagne a publié la sixième édition du roman *El viajero de Praga* et les éditions de l'Université San Francisco de Quito ont édité les *Cuentos reunidos* avec un prologue du critique et écrivain mexicain Pedro Ángel Palou.

En 2020 Pre-Textos a édité l'anthologie de nouvelles *Casi de noche* avec un prologue de Juan Marqués, ainsi qu'une édition illustrée par Patriocio Palomeque de la nouvelle *Angelote, amor mío*. En 2021 apparaissait chez Pre-textos le roman *El coleccionista de sombras*.

Courrier électronique: javiervasconezb@gmail.com

Florence Baillon

Florence Baillon es francesa de nacimiento y ecuatoriana de adopción, vive entre los dos países desde hace más de 20 años. PhD en literatura latinoamericana contemporánea de la Universidad de la Sorbona en París, es docente universitaria y traductora literaria (español/francés). Ha traducido, entre otras, dos novelas que recibieron el premio Sor Juana Inés de la Cruz *Nosotras que nos queremos tanto* de Marcela Serrano (Indigo/Côté-Femmes) y *Dulcinea encantada* de Angelina Muniz-Hubermann (Unesco/Indigo). En 2010 publicó *Un nuevo imaginario en la escritura de mujeres* (Eskeletra/Universidad Andina Simón Bolívar), que recibió el premio Manuela Sáenz del Municipio de Quito a la mejor obra de ensayo e investigación científica sobre género. Ha trabajado en el Ministerio de Cultura (2010-2013) donde desarrolló la promoción de la cultura ecuatoriana a nivel internacional y en el sector de la educación superior (CES, Senescyt 2013-2017). Ha sido consultora en temas culturales para el IPANC-Convenio Andrés Bello y la UNESCO. Desde 2019, es jefa editorial de la revista digital “Français du monde” que se difunde a más de un millón de personas en el mundo. Publica artículos alrededor de temas literarios, de género y de política internacional, su última publicación se titula *La visibilidad de las atletas afro-ecuatorianas en los Juegos Olímpicos de Tokio* (2021, Fondation Jean Jaurès).



Florence Baillon est française de naissance et équatorienne d'adoption, elle vit entre les deux pays depuis plus de 20 ans. Docteure en littérature latino-américaine contemporaine de l'Université de la Sorbonne à Paris, elle est enseignante universitaire et traductrice littéraire (espagnol/français). Elle a traduit, entre autres, deux romans qui ont reçu le prix Sor Juana Inés de la Cruz *Nosotras que nos queremos tanto* de Marcela Serrano (Indigo/Côté-Femmes) et *Dulcinea encantada* d'Angelina Muniz-Hubermann (Unesco/Indigo). En 2010 elle a publié l'ouvrage *Un nouveau imaginaire dans l'écriture des femmes* (Eskeletra/Université Andine Simon Bolívar),

qui a reçu le prix Manuela Saenz de la Municipalité de Quito de la meilleure œuvre d'essai et recherche scientifique sur le genre. En Équateur, elle a travaillé au Ministère de la Culture (2010-2013) où elle a mis en place la promotion de la culture équatorienne au niveau international et dans le secteur de l'enseignement supérieur (CES, Senescyt 2013-2017). Elle est consultante dans le domaine culturel, notamment pour l'IPANC-Convenio Andrés Bello et l'UNESCO. Depuis 2019, elle est rédactrice en chef de la revue digitale "Français du monde" qui est diffusée à plus d'un million de personnes dans le monde. Elle publie des articles autour de thèmes littéraires, de genre et de politique internationale. Son dernier article s'intitule *La visibilité des athlètes afro-équatoriennes aux Jeux Olympiques de Tokyo* (2021, Fondation Jean Jaurès).





UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa
Editora

af

Alliance Française

Cuenca - Ecuador

ISBN: 978-9942-847-54-6



9 789942 847546